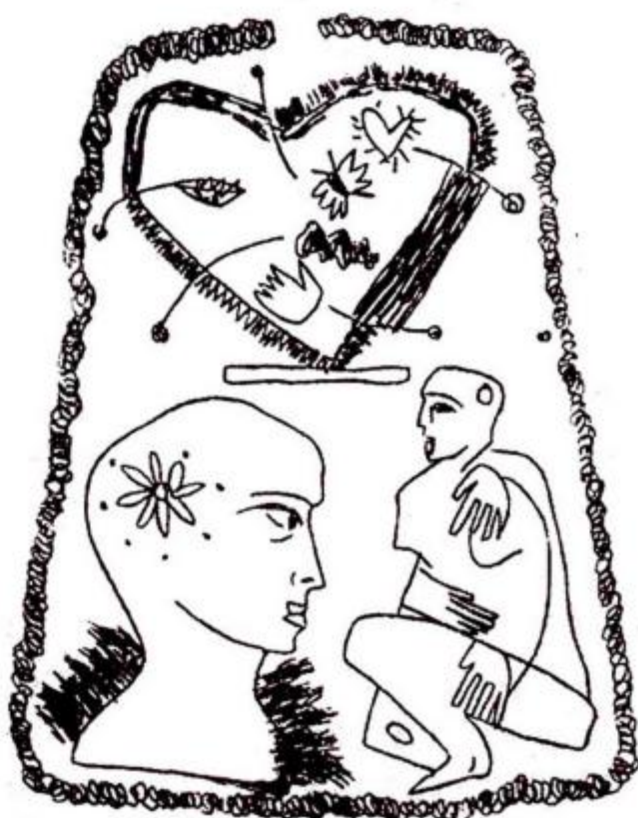


si las mujeres de estos cuentos quisieran experimentar la violación como ejercicio lúdico, si quisiesen jugar con sus amantes a ser violadas; así la cosa cambiaría; pero en los tres cuentos el hombre abusa de las mujeres, por indefensión en el cuento de Mendoza y por fuerza en los de Rivera y Vásquez. Como cuentos pueden no carecer de mérito, pero el desatino es mayúsculo al ser incluidos en esta selección. Eróticos no son, ni siquiera pornográficos; la violación es un delito. De Mario Mendoza es comprensible la sordidez de su cuento, escritor, como es él, que a través de su obra ha demostrado dilección por lo macabro, pero su cuento tendría que ser incluido en una antología de cuentos de terror, pero de Rivera y Vásquez —médico y abogado respectivamente—, no lo entiendo. Estos cuentos deberían formar parte mejor de una selección de cuentos de lo ilícito. No se entiende tampoco el criterio de la editorial al aceptar estos tres cuentos.

En conjunto, la antología exhibe unas muy diversas maneras de asumir el erotismo, pero la ambigüedad del tema mismo lo hacía predecible. Sin embargo, hay dos casualidades que, por curiosas, no voy a pasar por alto: 1. En tres de los cuentos —los de García, Potdevin, Vásquez—, la acción se desarrolla en torno a una laguna. Parece ser que el imaginario cliché del lago como sitio de encuentro sexual es bastante común en nuestros escritores. 2. En tres cuentos los hechos suceden con descendientes de inmigrantes: croatas en Potdevin, españoles en Quiroz y árabes en Vásquez. De nuevo otro cliché, en este caso el del amante semiextranjero. Estereotipos de lo erótico siguen apareciendo, hay lugares comunes, machos seductores y hasta violentos, rubias o negras insaciables de labios carnosos, senos turgentes y nalgas firmes, pero también gente normal —gordos suertudos, gordas ninfómanas, amantes tímidos, castos, mujeres que se masturban—, y hasta transgresora: el hombre que se excita al escuchar los gritos de placer que otro le pro-

voca a una mujer y el tipo que entabla un sincero diálogo con su verga. Personalmente yo esperaba un poco más de vicio, de lujuria, de lascivia, de amantes incontinentes, un poco más de juego, de ataduras o sadomasoquismo en acuerdo bilateral, de pronto relaciones furtivas o en lugares no convencionales, excitantes descripciones de lencería o de amor homosexual. Por lo leído en algunos de estos cuentos —Montoya, Potdevin, Serrano y Valencia— aún existe mucho pudor a la hora de abordar el erotismo. Hay demasiado recato en ellos y decoro en los personajes, más parecen esas situaciones de telenovela en donde la amante cubre sus tetas con una sábana, para que el amante, que además de habérselas visto se las chupa, admire la decencia y dignidad de su chica.



La antología tiene dos cuentos excelentes —los de Godoy y Medina— y uno bueno —el de Silva—. Los tres son relatos sobrios, lejos de afectaciones vanguardistas, que evidencian una sensibilidad literaria y un trabajo con el idioma inéditos en el recorrido de nuestra tradición nacional. Son cuentos eróticos, pero también son cuentos a secas, sin arandelas ni subgéneros de ninguna clase. Los demás cuentos del volumen son bien normales. García, Quiroz y Valencia, que son escritores que están comenzando su camino por la escritura, nos quedan debiendo. Pero Mendoza, Montoya, Potdevin, Rivera, Serrano y Vás-

quez, que son escritores con la costura del oficio encima y que a lo largo de sus carreras han publicado excelentes ejemplos de literatura, pareciera que salieron del paso con el deseo de verse publicados y ganarse unos pesos. Está bien que las editoriales asuman estas empresas, y a Planeta debe abonársele la intención, pero la calidad de tres cuentos en una antología sin edición no salva el volumen. A las editoriales a veces se les olvida que los libros de su catálogo son a la vez su mejor hoja de vida.

CARLOS SOLER

Una selección atinada y oportuna

Cuentos caníbales:
Antología de nuevos
narradores colombianos

Varios autores

Alfaguara, Bogotá, 2002, 294 págs.

Como *Cuentos caníbales: Antología de nuevos narradores colombianos*, presenta la editorial Alfaguara, en compilación de Luz Mary Giraldo, una selección de once cuentos y un fragmento de novela (?) escritos por autores —hombres— colombianos en ejercicio.

Una revisión —incompleta, por desgracia— de las antologías editadas en Colombia permite distinguir ciertas constantes en cuanto a tipo. Las hay temáticas, regionales, de concursos y panorámicas. Las intenciones de las antologías varían. Las hay comerciales, o de reafirmación local, otras intentan agrupar autores por generaciones, o sirven como termómetro o intentan delimitar un canon. Muchas incluyen a la vez dos o más características. *Cuentos caníbales...* es una antología panorámica parcial, cuya intención es ofrecer trabajos recientes de jóvenes autores y merced a unos textos presentar el estado actual de la literatura

colombiana. No es una antología del cuento como género, ni tampoco pretende deslindar o configurar un canon, labor bien difícil cuando los autores, además de estar vivos y jóvenes, han escrito muy poco.

Los textos incluidos son: *La última oportunidad* de Sergio Álvarez, *La magia del Joe Domínguez* de Pedro Badrán Padauí, *Gorgona* de Juan Carlos Botero, *María de mis sueños* de Jorge Franco Ramos, *Muy cerca del mar te escribo* de Santiago Gamboa, *Alexander Selkirk* de Mario Mendoza, *Jugar el juego* de Luis Noriega, *Avatares de un nuevo Judas* de Édgar Ordóñez, *La visita del condotiero* de Enrique Serrano, *Semejante a la vida* de Ricardo Silva Romero, *Kamandil Viarko* de Antonio Ungar y *Lugares para esconderse* de Juan Gabriel Vásquez.



El subtítulo del libro es mentiroso, porque no todos son tan “nuevos”, y si bien las edades de los escritores oscilan entre los 27 años de Ricardo Silva y los 42 de Pedro Badrán, Juan Carlos Botero y Enrique Serrano, las trayectorias personales como autores difieren. Los hay con varios títulos publicados, como los casos de los no tan jóvenes Badrán, Gamboa y Mendoza y de los jóvenes Ungar y Vásquez. También los hay poco o nada editados, como Édgar Ordóñez, que ha publicado tan sólo un libro —merced a un concurso— pasados los 40 años, o como Luis Noriega, que en Colombia no lo ha sido, pese a que su novela *Iménez* obtuvo un premio de los más importantes, si no el único, del género de ciencia ficción en Hispanoamérica. ¿Por qué suceden cosas así en nuestro país literario? Se podrían aventurar varias hipótesis. Para el

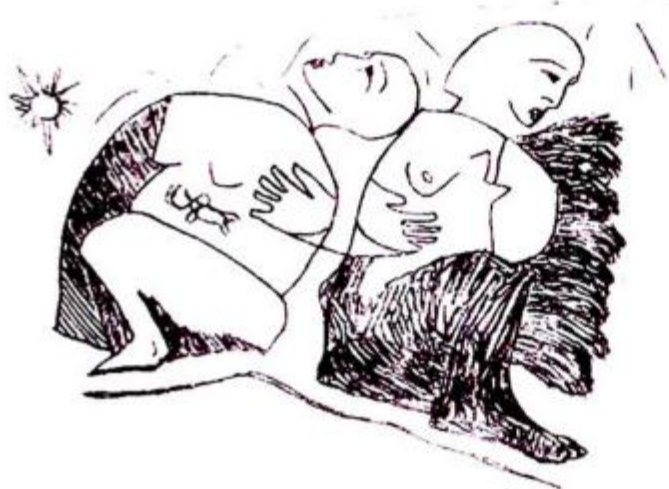
caso de Ordóñez, por ejemplo, es probable que haya asumido tardíamente su vocación de escritor, que no estuviese seguro de su propio trabajo, que no quisiera publicar, que haya esperado con paciencia hasta sorprender con *El paraíso rechazado* (IDCT, 2001) o que no haya tenido suerte. La ceguera de nuestros editores no puede desconocerse. La novela de Luis Noriega, por ejemplo, no ha sido publicada en el país, pese a la calidad del escritor y a su premio internacional, de la misma forma en que Juan Felipe Robledo no ha visto publicado su libro de poesía *De mañana*, premiado hace un par de años en México. Respecto a los “prolíficos” mayores podrían sugerirse, además de la calidad individual, factores como la disciplina y la constancia para escribir, el empecinamiento para mostrar su trabajo a los editores o la suerte. Habría que especificar los casos particulares de cada escritor. Así, mientras Santiago Gamboa comenzó publicando con Norma y sus libros siempre han tenido mercadeo, Pedro Badrán ha publicado con editoriales que no lo han sabido promocionar, por lo que es posible cuente con pocos lectores. En los casos de los jóvenes Vásquez y Ungar, su presencia permanente en librerías, en los medios y en la memoria de los lectores quizá se deba a que cada uno inició su carrera con un libro excelente, la novela *Persona* en el caso de Vásquez y el libro de cuentos *Trece circos comunes* en el de Ungar. Es probable que, gracias a estos libros, cada uno, además de demostrar su talento y la seriedad y altura para asumir su vocación, haya conseguido una pequeña legión de fieles lectores. Las especulaciones podrían seguir, pero ése no es el objetivo de esta reseña. A los sociólogos de la literatura, actuales y futuros, se deja la misión de investigar y aportar al respecto.

Desaciertos

Uno no entiende cómo en Colombia se siguen presentando antologías con errores. Si fuera la primera que se publica, los errores, aunque impropios de un trabajo serio, podrían

señalarse para que fueran corregidos en el futuro en trabajos similares, pero en nuestro país, si bien no serán cientos las antologías de prosa publicadas, al menos la cifra debe alcanzar varias decenas. La profesora Luz Mary Giraldo, quien además de antóloga profesional ha sido una de las más entusiastas difusoras de nuestra literatura dentro y fuera del país, completa con ésta, en seis años, cuatro antologías de prosa de autores colombianos. El itinerario como editora, compiladora o antóloga de la profesora Giraldo comienza con *Jardín de sueños: Selección de textos para niños* (Colcultura, 1987), pasa por dos selecciones de textos sobre narrativa colombiana: *La novela colombiana ante la crítica 1975-1990* (Univalle & Ceja, 1994) y *Fin de siglo: narrativa colombiana* (Univalle & Ceja, 1995), y termina con *Nuevo cuento colombiano 1975-1995* (Fondo de Cultura Económica, 1997), *Ellas cuentan* (Seix Barral-Planeta, 1998), *Cuentos de fin de milenio: Antología* (Seix Barral-Planeta, 1998) y con el texto del que se ocupa esta reseña. Sin embargo, seis antologías previas no parecen haber sido suficientes para evitar incurrir en ciertos errores técnicos. El más notorio de ellos consiste en que Giraldo no asume esta antología dentro de la tradición de su propio trabajo como antóloga. Es decir, que, pese a tener en su haber tres selecciones recientes, esta cuarta no dialoga con las otras ni parece haber sido realizada desde la perspectiva de ellas. Si bien el prólogo es orientador y útil, se extraña que no remita a las otras antologías. También hay errores formales. Aunque este tipo de errores no deben endosarse sólo a la antóloga. También les corresponde una porción de responsabilidad a la editorial Alfaguara y a su equipo de correctores. El primero consiste en no señalar de dónde se han sacado todos los textos. Si excluimos el cuento de Badrán, ninguno de los otros tiene indicación de fuente. En el caso de que los textos —como el de Ungar— fueran inéditos, pues habría que señalarlo con claridad. Ni el reseñista, ni mucho me-

nos los lectores, deben desconocer el origen de los cuentos. Y si un cuento como el de Álvarez fue previamente publicado en la revista *El Malpensante* núm. 23, pues, por información general, problemas de *copyright* o el mínimo sentido de la decencia, la compiladora debe anotarlos.



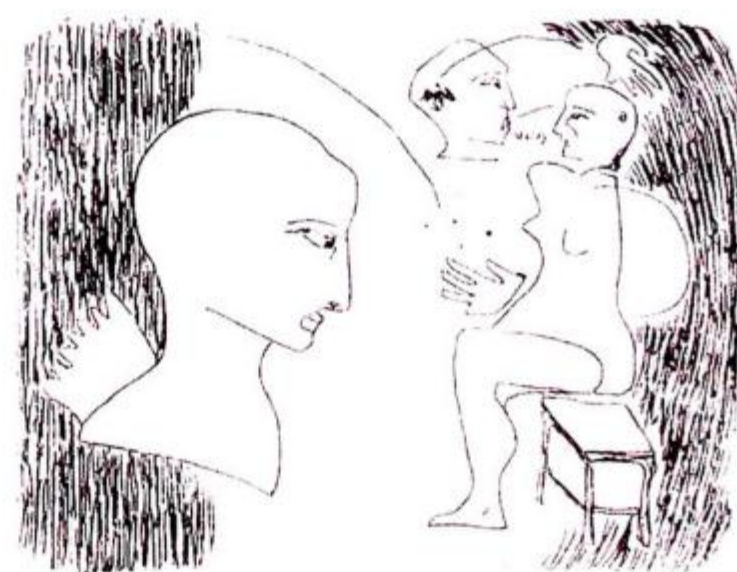
Otro problema de forma tiene que ver con las notas biobibliográficas de los autores. Éstas deberían ser lo más exhaustivas posible no como en los casos de Gamboa, Serrano y Ungar, en los que la información sobre sus apariciones en antologías internacionales está incompleta. Yo me pregunto: ¿cómo un investigador o un lector, nacional o extranjero, puede ahondar en la lectura de cualquiera de los autores de los *Cuentos caníbales...* si no tiene a su alcance los datos y si las antologías hechas por nuestros académicos no se los ofrecen? La antología que se reseña tampoco maneja unas normas comunes al hacer las notas biobibliográficas. Así como para once de los escritores señala —con algunos olvidos— sus apariciones en antologías internacionales, para Juan Gabriel Vásquez, en vez de señalar los títulos, se limita a indicar que cuentos suyos “han sido incluidos en antologías y volúmenes colectivos de España, Francia, Alemania y Colombia” (pág. 275) y aunque se puede suponer o saber a qué antologías se refiere, sería preferible, en aras de la coherencia y la seriedad y como ejemplo para las generaciones de antólogos por venir, unificar los criterios al presentar la información. A los investigadores, por lo general a los colombianos, a veces se les olvida —de pronto no saben—, que sus trabajos, además de

intentos parciales de aproximación a la disciplina, forman parte de una tradición y que como tales es útil y necesario que a medida que se vayan escribiendo y publicando, ya sean exégesis, interpretaciones, antologías, entre otras, el trabajo de levantar información debe ser cada vez más riguroso y completo. Para complementar el trabajo que Giraldo y Alfaguara dejaron incompleto, enumero las antologías internacionales que conozco que han incluido autores presentes en *Cuentos caníbales...*: McOndo (Mondadori, 1996) a Gamboa; *Líneas aéreas* (Lengua de Trapo, 1999) a Badrán, Botero, Gamboa, Serrano y Vásquez; *Cuentos apátridas* (Ediciones B, 1999) a Gamboa; *Se habla español* (Alfaguara, 2000) a Jorge Franco; “Rompiendo el cerco: los narradores jóvenes de Colombia”, en revista *Caravelle* núm. 74 (junio de 2000) a Botero, Serrano y Vásquez; “Antología de cuentos iberoamericanos”, suplemento de la revista *Lateral* de Barcelona (julio-agosto de 2000) a Vásquez; *Und Traumten von Leben. Erzählungen aus Kolumbien* (Edition 8, 2001) a Badrán, Botero, Gamboa, Mendoza, Serrano, Ungar y Vásquez, y *Letras capitales* (ICCI, 2001) a Álvarez, Noriega, Ungar y Vásquez.

El libro

La profesora Giraldo toma el título de su prólogo: “Después de las grandes rabias y los hermosos errores”, de algún texto, —aunque sin cita—, del escritor argentino Gonzalo Garcés. El prólogo es un elemento bien importante en las antologías, y valoro aquí su presencia porque en Colombia muchas veces se compila sin presentaciones o, lo que es peor, desde el anonimato. Giraldo empieza por señalar que su selección es provisoria. Distingue dentro del panorama nacional la coexistencia de tendencias varias, entre las que anota la de los jóvenes que revolucionan con su temática, otra de jóvenes también pero con “viejos” registros literarios y la de los escritores mayores con visiones o expresiones renovadoras. Posteriormente afirma que existe —y en su mayoría

los textos de la antología lo demuestran—, una nueva sensibilidad de parte de los jóvenes autores. A éstos los ubica al final de un recorrido generacional que parte de los de ruptura —Moreno Durán, Parra Sandoval, Vallejo—, pasa por los de transición a lo contemporáneo —Espinosa, Fayad, Burgos Cantor, entre otros— y culmina con los de fin de siglo —Héctor Abad, Julio Paredes, Philip Potdevín, entre otros—. Éstos últimos —agrega—, entrarían en relación con los autores de aparición reciente que “otros [aquí Giraldo teme comprometerse o se niega a bautizar] han denominado los hijos de los *hippies*, de los *boomers*, generación mutante, del *crack*, generación X y góticos” (pág. 11), y pasa a señalar los gustos, lecturas y escrituras (?) de éstos, pero en una enumeración un tanto caótica en la que más parece estar dando palos de ciego. Valdría la pena saber si estos gustos o lecturas los obtiene Giraldo de entrevistas con algunos de los autores, de algún autor que olvidó citar o sólo los supone. El prólogo termina señalando que la antología cuenta con autores mayores y menores —y un lector no especialista reconoce que se refiere a las edades—, que la selección es arbitraria, y comenta en forma sucinta los cuentos.



El primer cuento de la selección, también podría llamarse novela corta, *La última oportunidad* de Sergio Álvarez, es una intensa historia que involucra la realidad del país —masacres, tráfico de drogas, esmeralderos— pero sin juzgar ni optar. Álvarez, como ha demostrado también con *La lectora* (RBA, 2001), es un escritor que maneja con singular

destreza el diálogo, la descripción y la acción con altas dosis de humor y verosimilitud.

En *La magia del Joe Domínguez*, un costeño trepa socialmente gracias al delito y acaba igual a los modelos en quienes está inspirado. Como en el anterior cuento, se nota una búsqueda por hacer literatura con elementos de la realidad nacional, en este caso el narcotráfico y la corrupción.



Gorgona de Juan Carlos Botero es un cuento submarino protagonizado por un buzo. El cuento reitera que Botero es más que el autor mediatizado que conocemos.

María de mis sueños de Jorge Franco es el menos realista de la selección, además del más deficiente. Pisando los terrenos de lo erótico-onírico-fantástico, es un cuento cursi, aburrido y sin gracia. Aquel que lo lea debe hacerlo bajo su responsabilidad.

Muy cerca del mar te escribo de Santiago Gamboa es la historia de un reportero que cubre un evento internacional y que conoce un colega —del que nunca sabemos la nacionalidad— de Selecciones del Reader's Digest. Éste, el peor cuento del novelista Gamboa de los que ha publicado en antologías, sigue un método predecible en el bogotano: un tipo vinculado a un medio de comunicación, fotógrafo o cronista, un viaje de trabajo a un paraje “exótico”, Argel en este caso. Todo lo que puede haber alrededor: aviones, hoteles, bares, conversaciones con personas que jamás volverá a ver, alcohol. Los personajes siempre tienen muchos sellos en sus pasaportes, son ilustrados y buenos lectores. Conocen la cultura del país que los aloja, fungen de guías turísticos y son además aficionados a las artes étlico-li-

terarias. Un escritor puede escribir varios cuentos con ingredientes similares, cada uno de ellos singular y de calidad. Los de Gamboa, empero, carecen de novedad. Posiblemente el recurrir demasiado a las “aventuras y anécdotas de un enviado especial” no siga siendo la mejor opción al aceptar participar en este tipo de compilaciones.

Alexander Selkirk de Mario Mendoza es una versión colombiana condensada de *Robinson Crusoe*. Es interesante que al abordar el cuento el escritor se aparte de sus temáticas en exceso bogotanas. Este relato está en la línea de su libro de cuentos: *La travesía del vidente*, en especial del primer relato: *Molokai*, y del último, que da título al volumen.

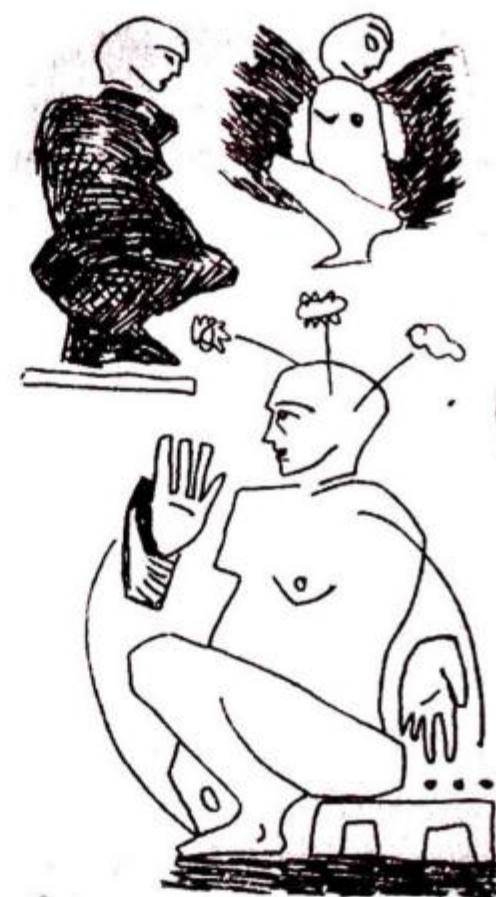
Jugar el juego de Luis Noriega es de lo mejor de la selección. Una estructura bien alejada de la lógica temporal causa-efecto hace prevenir a los lectores sobre lo que este escritor promete. El párrafo final del numeral uno evidencia un humor comparable al de Saki. Es lástima que el lector colombiano no tenga acceso aún a la novela *Iménez*.

De carácter y género similares a la historia de Sergio Álvarez, *Avatares de un nuevo Judas* de Édgar Ordóñez explora la sordidez e inhumanidad de las cárceles que en contra de toda lógica humanista no son las readaptadoras sociales que deberían, ni cumplen ninguna influencia positiva en los seres que allí llegan. Con hábil manejo de la elipsis, Ordóñez inventa la historia de un hombre que al intentar ser salvador de una causa, que cree justa, se convierte por ignorancia en un traidor. Como Noriega, otro autor para seguirle los pasos.

La visita del condotiero de Enrique Serrano es una ficción histórica sobre Dante, algo parecido a lo que hizo en nuestro medio Pedro Gómez Valderrama en su cuento *Homenaje a Stendhal*. Serrano busca una prosa reposada, contenida, sin aspavientos y lo consigue. En este cuento hay un consejo a Dante que define la manera como Serrano asume el oficio de escritor: “Le hizo [el condotiero] pública defensa de la simplicidad y

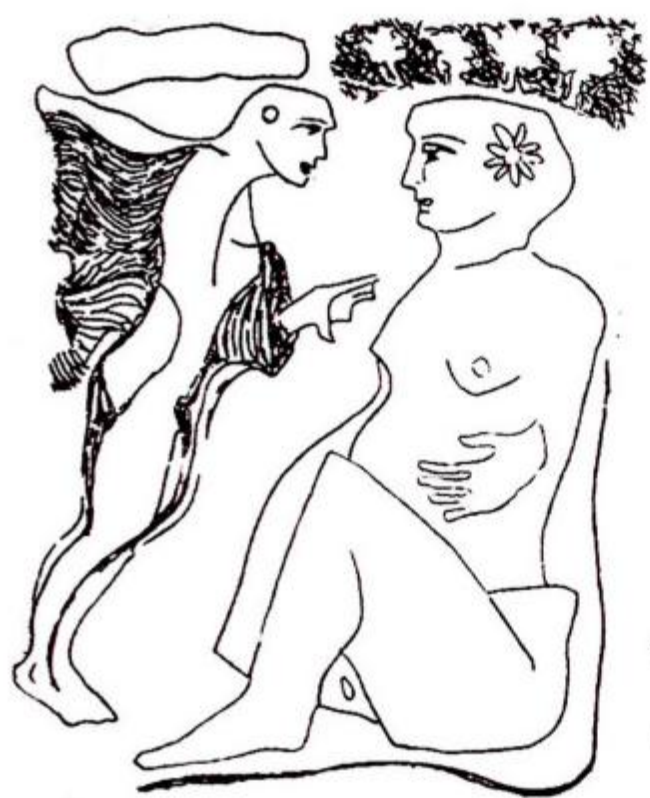
de la tenacidad de los humildes orfebres que tejen y destejen muchas veces buscando la mejor puntada, para criticar a los soberbios que creen tenerlo todo en la cabeza, para escribirlo de una buena vez, con impaciencia” (pág. 215).

Semejante a la vida de Ricardo Silva Romero tiene como protagonistas a una presentadora de televisión de 27 años que conserva la virginidad, aunque el dueño del canal quiere hacérsela perder so pena de cancelar el programa, y a un enano contrahecho, figura de la televisión en el pasado. Con su cuento, Silva hace parodia y burla de los medios de comunicación, del apogeo y caída de las estrellas, de la esclavitud sensorial de sus irrespetuosos seguidores y del imperio de la apariencia y la imagen. Con humor calculado y despiadada crueldad, el lector reconoce una vez más que el fin sí justifica “los medios”.



Kamandil Viarko de Antonio Ungar es, según su subtítulo, el fragmento de una novela inédita. La inclusión de este texto, así su género contradiga el título del libro, no me parece un error y sí, más bien, muestra de que esta selección es bastante independiente y alejada de absurdas camisas de fuerza. *Kamandil Viarko* es una novela que bien vale la pena leer en el futuro. Ungar es un escritor muy serio, un narrador con la virtud de, alejándose del realismo de postal tan común por estos días, al-

canzar honduras de sensibilidad y suscitar la reflexión. Es un agudo observador, y su historia de exilio, desarraigo y diáspora concluye, con excelso sentido común, que el hogar de uno es uno mismo y que la mejor patria es aquella en donde uno es feliz. Aquellos que hayan disfrutado las atmósferas de nómadas, gitanos y cirqueros de *Trece circos comunes* encontrarán en este texto el tono y estilo mucho más maduros.



El último cuento de la antología, *Lugares para esconderse* de Juan Gabriel Vásquez es la historia de un periodista colombiano que cruza su vida con la de una familia belga. La ambición temática de Vásquez se hace presente en este cuento como en el resto de su obra. Su intención universal y el esfuerzo por incluir, entre otros temas, la amistad, el temor, la infidelidad, la muerte, nos entrega un cuento memorable de notable factura técnica, aunque le falta contundencia.

Aciertos

Lo primero que hay que reconocer y aplaudir es la existencia de un prólogo y el intento de definir una vertiente, así sea provisoria, de la creación literaria en Colombia hoy. También reconocer el que sea una antología independiente, lejos de cualquier segunda intención comercial por parte de la editorial. De los autores presentes en *Cuentos caníbales...* sólo dos han publicado con Alfaguara: Ricardo Silva y Juan Gabriel Vásquez. Uno espera de

cualquier antología que todos los textos sean, en efecto, de "antología". En el caso de este libro, cuatro de los textos no entran en esta categoría, los de Mendoza y Vásquez —que, sin embargo, tienen méritos—, y los más erráticos y toscos de Franco y Gamboa. A mi modo de ver, lo más importante de la selección —y que señala Giraldo en el prólogo— es la nueva sensibilidad creativa que se percibe de parte de los autores. En unos como renovación temática, en otros como revisión de temas tradicionales; por ejemplo, la violencia o los aspectos negativos de la realidad nacional que, si bien no son temas inéditos en nuestra literatura, en *Cuentos caníbales...* aparecen con nuevas variantes y matices. De manera explícita, Álvarez, Badrán y Ordóñez, e indirecta, Noriega y Silva, actualizan un tema recurrente en la tradición colombiana. Quizá no hay en las recientes promociones una nueva actitud con respecto al oficio, pero sí posiblemente un mayor compromiso profesional con la escritura y la decisión, más evidente en algunos, de consagrarse con intensidad a su vocación. Hay mucho camino por recorrer y quedan libros buenos y malos por escribir. Sin embargo, el futuro panorama de nuestra prosa de ficción en las plumas de los autores de los *Cuentos caníbales...* es promisorio.

CARLOS SOLER

Resultado bastante disparejo

Libro del olvido

Francisco Sánchez Jiménez
Fondo Editorial Universidad Eafit,
Medellín, 2002, 97 págs.

En difícil terreno ha querido meterse Francisco Sánchez Jiménez con este libro de cuentos. Son estos catorce relatos un intento de entrar en la conciencia del hombre mismo, de

escrutar el escepticismo del individuo contemporáneo, bajo miradas variadas como la ironía, la reflexión y hasta el humor.

A lo largo de las historias que leemos, habitamos por mundos diversos, algunas veces emparentados con el pasado, algunas veces rayando en la ciencia ficción, todos ellos relacionados entre sí por la manera particular de narrar que tiene Sánchez Jiménez y hasta por obsesiones que se reiteran como presencia constante en el libro.

Sin embargo, y a pesar de contar con aciertos notables en elecciones de temas y tratamiento de historias, los textos terminan siendo bastante difusos, pesados y de difícil lectura. Y esto último no tiene que ver para nada con la diferencia que suele hacerse entre literatura como industria del entretenimiento y Gran Literatura con mayúsculas.

Es obvio que estamos ante un libro que no tendrá grandes públicos lectores de ese tipo de lectura de entretenimiento, que para nada descalifico, pues sigo pensando que una de las funciones que tiene la literatura como arte es en parte divertir y entretener, a su manera. Pero tampoco un tono pesado, un manejo confuso del lenguaje es garantía o condición para un tratamiento de un llamado tema universal o, incluso, intelectual. Todo lo contrario: la palabra debe ser vehículo de entendimiento, debe ser luminosa y no hermética y difícil y confusa. Más aún si se trata de un género como el cuento. Y cito:

De alguna de sus teologales argucias.

¿Huía, entonces de la culpa y expiaba? Porque si se acepta la muerte todo es legítimo y, en consecuencia, ni expiación menestaba o sentimiento de culpa cursaba mi inteligencia, alma, o cualquiera de las entelequias ingenradas por el hombre para adscribir territorios espirituales, ajenos a la naturaleza de la cual todos quieren aprovechar pero, a la vez, denigrar como realidad inferior.